

al criterio pedagógico; no sin grabar en el ánimo de todos los maestros que oyeron la voz de aquellos luchadores, la leyenda del progreso que se concretó en la palabra "Excelsior".

Preciso es, pues, por respeto a aquellos hombres, convenir en que nunca intentaron decir la última palabra en materia pedagógica; que nunca pensaron en que sólo a ellos competía la lucha; que si dogmatizaron fué para destruir y para crear; y, finalmente, que tuvieron siempre la grata seguridad de que su lucha no era estéril, que su obra no se estancaría, porque su esfuerzo sería secundado y su ideal continuaría siendo perseguido.

Y ante el estado social en que vivimos, rebelde a la inercia, sediento de actividad y aun propicio al desorden a fuerza de querer modificarse, si aceptamos que la Escuela debe responder a las necesidades del medio y corresponder a cuanto para lo futuro se proponga la sociedad, seguramente conveniremos también en que la Escuela no solamente está, entre nosotros, fuera del movimiento científico mundial, no sólo diverge del concepto filosófico contemporáneo, sino que está muy lejos de tener una actividad que refleje la actividad social y ni por asomo tiene el ambiente de libertad que requiere lo porvenir de nuestras instituciones para que vivan en la conciencia pública y por la acción del pueblo. Otra cosa piden los anhelos populares y no el intelectualismo pródigo en parásitos sociales como frutos, la obediencia irrazonable, fértil en promesas de rebeldía irrazonable también, el desprecio del músculo que arrastra consigo caracteres débiles y voluntades vacilantes o el libro como único punto de visión escolar que oculta a la naturaleza y mata las tendencias estéticas de nuestra raza: piden la armonía educativa que haga de la Escuela Primaria granero de hombres sanos, y como sanos, activos, como activos, conscientes, como conscientes, productores.

Y para aspirar a ello, tenemos las enseñanzas de lo pasado, la lección de lucha que nos legaron nuestros antecesores, el ejemplo de energías que en épocas pretéritas lucharon y triunfaron; pero en verdad que no sólo eso tomaremos para la empresa, sino que aprovecharemos todo el edificio: todo lo tenemos y sólo falta arrojar la inviolable vestidura que se puso a las instituciones escolares para resguardarlas de mayores daños. No hay precisamente labor vieja y labor nueva, sino prosecución de aquélla, revisión de sus elementos y rectificación de sus valores para que la incesante evolución se satisfaga; en una palabra: verificar en la práctica los principios de nuestra enseñanza. Con ello ampliaremos el horizonte metodológico y no pondremos una frontera caprichosa a conceptos y prácticas que tan benéficos fueron en su tiempo; el progreso nunca origina mengua de una labor que llegó a su apogeo y que, como todo lo humano, tiene que ceder el paso a lo que llega en busca de plena madurez y que a su vez, más tarde, perderá su eficacia; convengamos en que no se perpetúa la flor, ni el fruto, sino que se perpetúa la semilla como germen de nueva manifestación, símbolo de perenne renuevo, síntesis de la vida.

Ya que tenemos la semilla metodológica, al propagarla, al sembrarla, usemos los procedimientos más adecuados para que el medio le sea propicio; no pensemos nada más en perpetuar usanzas viejas por el hecho de haber